

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Eliseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porffes, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



CAPÍTULO VII

CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.

— ¿Y no comprende cuánto me repugna Octavia?

— Si el casarte con ella fuese lo único repugnante que debieras hacer para ganarte Roma y su imperio, ya podrías darte por satisfecho.

— Pueden superarse todas las repulsiones y vencerse todas las repugnancias, menos las opuestas al amor, en que domina con absoluto dominio lo indeliberado, lo necesario, lo fatal, todo lo superior á nuestra voluntad y á nuestro deseo: créelo, Vitelio.

— Pero el amor nada tiene que ver con el matrimonio; y puedes vivir con Octavia, como vivirías con una hermana.

— Mas no basta repeler á la esposa, con quien has de vivir, y tenerla dentro del cubículo apartada de tu lado como un mueble viejo incómodo: el corazón joven ha menester del amor verdadero; y el amor verdadero lo inspira quien lo inspira, sin en ello tener parte ninguna ni sobre ello ningún dominio, no ya la voluntad más ó menos imperiosa de la madre, nuestra propia voluntad.

— Pero ¿quién te impide tratar, después de casado, á tu predilecta como la tratas hoy? No has de guardarle fidelidad, aunque quieras, en el mariposeo propio de tus cambiantes emociones y en la compleción propia de tu tornadiza voluntad.

— Uno quiere, no solamente amar, decir al mundo que ama; no solamente vivir bajo el recatado techo con el ser predilecto, vivir al aire y á la luz. Nada gusta como verse por los demás envidiado cuando se posee una hermosa mujer, y presentarla con orgullo en sociedad para que un rumor de admiración le siga y acompañe por todas partes.

— Satisfacción pueril, indigna de un príncipe como tú.

— No has amado nunca, Vitelio, si no has comprendido que á mis años el corazón desea un imperio para ponerlo al pie de la mujer amada y con la mujer amada compartirlo.

— Pero si haces cuanto ella quiere, tanto importa que sea en secreto como en público.

— Acté. ¿Qué será de Acté?

— Pues reconocerá que la quieres más cuantos mayores obstáculos encuentres á la satisfacción de tu amor. Y darálo por bien empleado el matrimonio, si resulta en multiplicación de tus favores y en provecho y prosperidad de su amor.

— Pero ¿cómo le voy á dar el corazón ahora y el Imperio mañana, dime, á otra, que no sea ella?

— Del corazón dispondrá siempre que tú así lo quieras. En cuanto al Imperio, ya es harina de otro costal.

— No lo quiero sin ella.

— ¡Calla, cuitado! Eso muy pronto se dice y se hace muy tarde.

— ¡Lo juro!

— No jures en vano.

— ¡Por Hércules, que así lo creo!

— Deja en paz á Hércules.

— No me satisfago con que sea la soberana de mi albedrío; quiero que sea la soberana de mi Roma.

— En Roma no podrías dominar con una mujer extranjera por esposa.

— ¿Lo crees así?

— Así lo creo.

— ¿Pues no abrió mi tío César el Senado á la gente gala y no ha hecho á los extranjeros mi padre Claudio ciudadanos de Roma?

— Pero no podría, no, hacerlos emperadores y césares.

— Un axioma del nuevo régimen, odioso á Lucano, del régimen imperial, es que sea señora del mundo la voluntad soberana del emperador.

— Mientras la inspire y la dirija el espíritu de las tradiciones y de las ideas romanas.

— ¡Bah!

— Y las ideas y las tradiciones romanas quieren que un emperador tenga por mujer á una patricia. Convierte los ojos á tu familia toda y asentirás á esta observación mía. Patricia la mujer de César, patricia la mujer de Augusto, patricia la mujer de Tiberio, patricia la mujer de Calígula, patricias las dos mujeres de Claudio.

— ¡Buenos ejemplos! Livia dominó al divo Augusto hasta el extremo de revolverlo contra las prendas más caras de su propio corazón y forzarle á exterminar toda su familia. Tiberio fué infeliz en su casamiento con Julia. Calígula prefería yacer con la luna en Bajas á todo amor en el matrimonio. Respecto de Claudio, ¡buena suerte le cupo al infeliz, primero con Mesalina, y buena le cabe hoy con mi madre!

— Bien. Será cuanto tú quieras; pero no puedes negar el amor desordenado que le profesa y el sacrificio inmenso que ha hecho al casarse con Claudio, únicamente para protegerte á ti hasta convertirte del hijo de un patricio medio loco y de una princesa medio desterrada en propincuo emperador.

— Pero así como ella me hizo príncipe imperial á mí, su hijo, yo quiero hacer futura emperatriz á la pobre Acté, mi amada.

— Párate á considerar que lo pensado y querido por ella era posible, mientras imposible lo pensado y querido por ti. Párate á considerar que hay madera para tallar un emperador en verdadero nieto de Germánico y no hay madera en una sierva para que pueda tallarse cosa ninguna.

— ¡Pero si desciende Acté del rey de Pérgamo, que tan adicto fuera en el Oriente á Roma!

— Desengáñate, Nerón; aunque descendiese de los dioses del Olimpo, nunca la tragaría nuestra ciudad.

— No digas eso.

— Criado tú durante la proscripción de Agripina entre siervos, no sientes contra ellos las mil odiosidades experimentadas por nosotros los verdaderos latinos á su presencia no más. Tu dulce pasta y tu natural optimismo no hallan inconveniente alguno en que sancione la sociedad afectos inspirados por la Naturaleza. Pero si quieres perder toda probabilidad á la corona, pon entre las condiciones para heredarla y recogerla el casamiento con Acté. Ya puedes, infeliz, despedirte del trono para siempre.

— No me importa. Viviremos como dos tórtolas campestres. Nos ganaremos la vida como dos artistas helenos. Ella representará tragedias antiguas en el teatro y acompañaré yo los versos sublimes con mi áurea lira.

— No seas cándido. Todo eso es mera soñación de poeta. Estás en poder de tu madre y tu madre te condena sin remisión al imperio.

— Para imperar ella.

— Por mal concepto que tengas de Agripina, comprenderás cómo, necesitándote, cual tú dices, para imperar en nombre tuyo, necesita tenerte y guardarte á guisa de tesoro. Déjate querer, Nerón, déjate querer.

— Estoy enojado con mi madre.

— Lo comprendo. Estás enojado porque contraría esta pasión, la cual pudiera perderte, como si aún fueras niño y te incomodases porque te quitaban en la mesa un plato muy gustoso, preservándote de un entriporrio pronto á degenerar en una mortal indigestión.

— ¡Mire que mandarte aquí, á un recatado retiro, con esta embajada tan cruel á mí, contra mi amor! ¿Cuál arte maléfica mostró á mi buena madre tal escondite de su hijo?

— Parece imposible que no reconozcas cual un censo de tu posición y de tu fortuna el continuo espionaje.

— Ya veo que me siguen por doquier y espían. Por eso te digo que preferiría un teatro donde sólo tuviera que habérmelas con el público, á este imperio en que debo habérmelas con todos los misterios y tengo que hallarme circuído siempre de sombras.

— Mal te quiere quien te aconseja un amor así tan desvariado.

— Nadie me aconseja, sino mi corazón.

— Alguien más, Nerón, alguien más.

— ¿Quién puede ser?

— Séneca.

— ¡Oh!

— Te maravilla el descubrimiento.

— Sí: el filósofo ha dicho que necesitaba un amor así con el secreto y el recato, con que pudiese hablar mi propia conciencia en lo más íntimo de sus más calladas reflexiones.

— Mil veces te lo tengo dicho. Tu madre, como agorera, presagia lo porvenir; como maga, lee las dobles astrologías del cielo y del espíritu.

— ¡Ah!

— Y hace mal Séneca, pues nunca fuera sin Agripina admitido en Roma nuevamente y elevado á tan grande dignidad como la dirección del heredero de tanto imperio.

— Quiere mi bien y me aconseja lo justo.

— Yo creo precisamente lo contrario.

— Sabe que no puedo vivir sin amor y que no puedo sentir el amor sino mediante la sugestión de Acté.

— Si Acté fuera un amor exclusivo tuyo, lo comprendo. Pero

¡cuántos otros amores no has tenido en tu corta y experimentada vida!

— Mas ninguno ha logrado fijarme y absorberme como éste. Así puedo llamarle por ahora exclusivo. Créelo, Vitelio.

— Pues habrás de perdonarme si te digo que no creo nada en esta materia de cuanto me dices. ¿Cuál número de casas como ésta, Nerón, tendrás en Roma? ¿Con cuál número de mujeres te habrás creído tan ligado como con Acté?

— No digas eso. Las paredes oyen y podría oírlo mi amor.

— ¿Crees que no lo habrá en su perspicacia de mujer adivinado?

— No, porque le muestro una embriaguez de su amor, no tan grande á la verdad como la sentida en el profundo corazón mío; que no pueden de modo alguno sentirse dos pasiones tan intensas así en una sola vida.

— Pues, amándola de tal suerte, querrás conservarla; y queriendo conservarla, tendrás que rendirte á tu madre y pasar por cuanto tu madre quiera.

— He llegado á un extremo tal, que si Agripina lo permite, yo me voy con Acté á Rodas, y constituyo á la vista del mar griego un nido de artistas.

— No pienses tal desvarío, ni menos que pueda tu madre permitirlo.

— Quiero mi libertad, quiero mi amor.

— Comprende una cosa, la cual parece ocultarse á tu penetración, comprende que toda la fortuna de Agripina está enlazada contigo, y no puede, no, dejarte ir, aunque lo mandara Júpiter.

— Ella sólo siente ambición y yo siento amor.

— No seas loco.

— Renuncio á la herencia del trono, renuncio á la triste adopción de Claudio, renuncio á todo, abdicó de todo.

— Pero ¿crees que van á dejarte libre después de haber pasado por este palacio? ¿Crees que los espías no habrán de seguirte á Rodas y no habrán de penetrar hasta tu nido de artista? La sombra de tu grandeza, quiéraslo tú ó no lo quieras, te acompañará de seguro hasta la muerte.

— ¿Conque puedo por un suicidio quitarme la vida, y no puedo

por una consciente renuncia quitarme cosa tan secundaria en comparación de la vida como el Imperio?

— No puedes.

— Pues ¿en qué me diferencio del esclavo? Atale á él una corona, mientras á mí una cadena. El oro mío es tan pesado como el hierro suyo.

— Aconséjate de Séneca y te asegurará lo mismo, digas cuanto quieras, pues lo considero el más insistente de todos en desear tu enlace con Octavia. Un poco de reflexión basta indudablemente á comprender que no puedes renunciar á tu grandeza y que hasta en la sepulcral tierra, frío, muerto, tendrás mayor sepultura que los otros mortales. Partidario Séneca, cual yo, del matrimonio tuyo con Octavia, más partidario aún, pues apremia de continuo á la madre para que lo realices, podrá, en el conocimiento que tiene de tu naturaleza y en el deseo de concentrar la juventud sobre un solo amor, decirte que ames á la humilde Acté, pero como tu manceba, no como tu esposa, la cual será por fuerza de imperial familia y no de servil extracción.

— Diciéndome que ame, díceseme cómo debo amar. El amante no puede apartarse del objeto amado, y al unirme con él, únome como soy, con todo lo que puedo, con todo lo que tengo, con todo lo que valgo, con todo.

— Así puede hablar un ciudadano cualquiera, que dispone de sí mismo; no puede hablar quien tiene una corona como tu corona y una madre como tu madre. Puedes, Nerón, subir á dios olímpico; no puedes, no, descender á particular simple.

— Me revolveré contra mi madre.

— No digas tal cosa.

— ¿Por qué?

— Porque pronuncias tu sentencia de muerte.

— ¡Venga la muerte!

— ¡Y cuándo lo dices, ingrato, cuando tu madre lo arriesga todo alzándote al trono y persiguiendo de muerte á tus perseguidores!

— Pero lo hace por ella, únicamente por ella y para que le sirva de peana bajo los pies con cuyas plantas me huella y me oprime.

— Ten calma.

— No puedo.